En el reciente documento de la Conferencia Episcopal: “Hacia un Bicentenario en justicia y solidaridad”, los Obispos nos preguntábamos: ¿Qué estilo de liderazgo necesitamos hoy?. A esta pregunta respondíamos diciendo que el verdadero fundamento de toda autoridad para un cristiano nace en Jesucristo, y se vive como un servicio. Para esto he venido, nos diría él, para hacer de la autoridad un servicio. Por ello es fundamental recrear: “un estilo de liderazgo centrado en el servicio al prójimo y al bien común”. Esto significa que todo líder, para llegar a ser un verdadero dirigente ha de ser ante todo un testigo. Con ello queremos subrayar la importancia y necesidad del testimonio personal, como expresión de coherencia y ejemplaridad. Sólo este liderazgo es el que engendra confianza, y el que es capaz de transformar la sociedad.

El ejercicio de la autoridad, como principio necesario en el gobierno de toda comunidad, necesita que quien lo ejerza dé testimonio de transparencia y espíritu de servicio. Esto implica desprendimiento, austeridad y generosidad. Esto vale tanto para el político o el padre de familia, el empresario, el dirigente sindical, como el sacerdote, es decir, todo ejercicio de autoridad debe ser testimonio de entrega y servicio. En esta línea recordábamos algunos valores que forman a los auténticos líderes, y señalábamos entre otros: “la integridad moral, la amplitud de miras, el compromiso concreto por el bien de todos, la capacidad de escucha y diálogo, respeto por la ley ….”. Asumir la responsabilidad del poder en el ejercicio de la autoridad es, como vemos, una carga y un desafío que compromete moralmente.

Para hablarnos de esta realidad, que tiene su grandeza y tentaciones, Jesucristo no nos deja un manual o sólo una doctrina, sino su propia vida como gracia que nos eleva y ayuda. San Agustín, que conocía bien la grandeza y la fragilidad del hombre, decía en sus oraciones, Señor, no me des sólo una doctrina o un mandamiento para cumplirlo, esto no me alcanza, necesito de tu presencia, de tu gracia, para fortalecer mi vida y así cumplir mi misión. Esta presencia viva de Jesucristo se convierte en el centro y en la novedad de su reinado. Él ha venido para sanar y transformar lo humano; él no suplanta al hombre, sino que se hizo camino y vida para acompañarlo.

Que la palabra y la presencia del Señor sea la fuerza que nos haga testigos al servicio de nuestros hermanos. Deseándoles un fin de semana en compañía de sus familias y amigos, reciban junto a mis oraciones mi bendición en el Señor.

Mons. José María Arancedo
Arzobispo de Santa Fe de la Vera Cruz